

rros fingidos, las espadas puestas de punta en los cuerpos malheridos de terror, todo aquel solemne ceremonial de ingreso, imponente cuando las sociedades eran perseguidas, perdían una parte capitalísima de su importancia y de su interés dentro del aire y del sol de la libertad, que iba entrando en las costumbres antes de penetrar en las leyes. ¿Cómo había de amedrentarse nadie á los rescriptos del Rey Luis XV, ni á los sermones y libelos de los jesuitas contra la masonería, cuando entraban en la orden los príncipes y los patrios primeros de Francia? Los jesuitas podían ridiculizar la secta; convertir en boleros las ceremonias masónicas para malherirlas; reirse de los cosmopolitas que trabucaban todas las lenguas y metían en un saco á los conciudadanos entre sí más dispares; pero, siendo religiosos, debían fácilmente comprender cómo la fe, por cambiar de objeto, no cambió de carácter, y un creyente fideísimo á las teorías masónicas, experimentaba el mismo respeto, cuando penetraba dentro de su logia, que puede experimentar un árabe musulmán al entrar en su mezquita, ó un indio al entrar en su pagoda. Mas poseedores los jesuitas en Roma de un gran influjo, al ver cómo la opinion veía con más gusto el Contrato social de Rousseau que los ejercicios espirituales de Loyola, decidió recurrir al Papa y arrancarle una condenación clara y terminante de la masonería. Muy melladas las antiguas excomuniones, muy decaídos los poderes medievales; pero aún humeaba el brasero de la Inquisición y se tomaba por un crimen abominable y nefando el pensamiento libre y el derecho á profesar en público las ideas íntimas que le sugieren á cada cual su razón y su conciencia. El atrevimiento de las reacciones no tenía límites. Negar en el año treinta y siete de la centuria décima-octava, como negaban los jesuitas por aquella sazón el dogma científico de Galileo y Copérnico, por creerlos opuestos al dogma religioso, y condenar por ende á los masones, acusándoles de profesar tales principios, equivale á negar los antípodas, después de haber pasado el hemisferio austral, porque no quieren admitir su existencia viejos comentaristas del Evangelio y de la Biblia, muy dignos de confianza en cuanto al dogma y á la moral se refieren; mas no infalibles en materia de ciencia.

El año treinta y siete de la décima-octava centuria dió Luis XV la orden que disolvía los cuerpos masónicos, y el año treinta y siete Clemente XIV la bula que los excomulgaba. Como en aquellos tiempos los Papas-reyes tenían dos autoridades y dos armas por ende, no condenaba el Papa á los masones por heterodoxos, los condenaba por contrarios á la seguridad del Estado. Así las asociaciones masónicas debían quedar disueltas, en virtud y por obra del poder coercitivo, que los poderes públicos están en el caso de servir á la Iglesia Católica. Los fieles, capaces de incuria en dejarse la herética sociedad ó de rebeldía y desobediencia, poníanse los desgraciados en el caso de no poder aguardar absolución alguna, ni á la hora de su muerte. Sólo podía el Pontífice absolverlos en caso extremo, no confesor alguno. Arzobispos: obispos, curas de almas recibían facultad para esgrimir los instrumentos de defensa puestos por la Iglesia en su poder, al fin de buscar y obtener la

persecución y aniquilamiento de los herejes. Y para esto, al borde mismo del carácter de la revolución, cuando erupciones próximas á estallar hervían en las entrañas de cien volcanes encendidos, Clemente XIV recordaba la institución más resquebrajada y caída en aquellos minutos de suprema crisis, la Santa Inquisición, que iba muriendo poco á poco, ó por lo menos entrando en desuso. Precisa recordar todos los sentimientos humanitarios que prevalecían en el grandioso espíritu de la décima-octava centuria para comprender cuánto escandalizaría en una sociedad como la francesa, el recurso y apelación á tamaño espectro, enrojecido por las llamaradas del infierno. Así la irritación llegó á tal extremo, que comenzaron los más altos personajes por ingresar en la sociedad anatematizada y perseguida. Un Borbón, el duque de Clermont fué gran maestro; al duque de Clermont debía seguir un pariente tan cercano de los Reyes y un potentado tan rico como el príncipe Conti; al príncipe Conti un duque de Orleans, príncipe de la sangre, y por ser fruto en la segunda rama de los Capetos y representar una tradición dinástica y cortesana revolviéndose contra la dinastía y contra la corte. Así todo el mundo preguntaba cuáles armas podían esgrimirse contra la revolución en un momento como aquél, cuando la revolución expulsaba en la persona de los masones tanto del mundo civil como del mundo religioso, llegaba en su atrevimiento á burlarse así del Papa como del Rey, á desdeñar la Inquisición por impotente, á subirse hasta las gradas mismas del trono y encarnarse con todo su furor y todas sus creencias en los príncipes de la sangre.

Mas no paraba en esto el desarrollo de la Masonería. Cuando sucedían estas cosas, cuando se trababan horribles luchas entre la masonería y el jesuitismo, los nobles, que no vieran aun las orejas del lobo entonces, hallábanse del lado de la masonería. Yo creo que los patricios franceses habían llegado á creer en la imposibilidad de un trasunto del ideal á la realidad. Así, mientras únicamente se trató de sociedades científicas ó de ideas puras, contribuyeron á todo. Que llegaba Mesmer encendiendo con las chispas del rayo las fibras del cuerpo, pues á unirse dentro de salas, que parecían, por lo aparejadas á las alucinaciones fantásticas, santuario, en cadenas anudadas para esperar el sacudimiento eléctrico y sentir con él una súbita y no esperada emoción. Que llegaba un aventurero como San Germán y decía ser coetáneo con todos los tiempos, amigo de todos los héroes, asistente á la noche trágica en que Cleopatra se aplicó el aspid, y al escrúpulo santo en que Cristo instituyó la Comunión; todo el mundo lo creía, y consultaban sus mentiras de pura invención suya como si fueran oráculos de la verdad y revelaciones del cielo. Que fluía bajo tierra una corriente de ideas, las cuales habían seguido las cuencas del Indo con los vedas, las cuencas del Eufrates con los mazdeístas, las cuencas del Jordán con los esenios, las cuencas del Nilo con los gimnosofistas, las cuencas del Cefiso con los platonizantes, las cuencas del Tiber con los estoicos y entraban entonces por las cuencas del Sena, pues á buscar sus principios, aunque sea con fórmulas de nigromancia y con operaciones de cá-

bala. Que allá un aventurero proponía la busca y encuentro de tesoros fantásticos en tierras mal conocidas, mejores para sitiar sobre ellas castillos al aire que para explotarlas en el trabajo continuo y penoso hecho en la realidad y en la vida, pues ya comerciaron todos con Law. Que Rousseau aconsejaba lactar los niños. Pues las más altas señoras despedían sus nodrizas y daban el pecho á sus hijos, sin temor alguno de perder su hermosura. Que se reía Voltaire de todo lo científico; pues también á carcajadas se reían los nobles. Que montesquieu y Helvecio anunciaban una sociedad fundada en principios contrarios á los principios antiguos, pues á traer pronto esa sociedad. Y para esto, después de haber formado la cadena eléctrica de Mesmer, se iban con las fórmulas hieráticas de los masones.

Da grima leer en la correspondencia de María Antonieta el número de grandes personajes ingresados y metidos en las asociaciones masónicas. Hemos arriba mencionado los Borbones. Pero no bastaba con estos adictos; iban también las pobres mujeres. Aquella Lamballe, tan cuitada y desdichadísima, célebre por su belleza y más aun por su muerte; jugando con el rayo, iba sin escrúpulo á las logias y se divertía en mostrar el fuego por donde imaginaba la infeliz que había pasado sin quemarse. Aquella madame de Genlis tan erudita, cuyos libros acerca de la educación, escritos para los príncipes revolucionarios, han llegado hasta nosotros y sido en el primer período de la vida nuestro encanto, inscrita estaba en la masonería. Mas aquel, que debía dar á esta sociedad el carácter de un ejército en armas contra la Iglesia, fué Voltaire. Un día le llamaron al capítulo de los masones y fué. Lo acompañaba Franklin y hacía de padrino. Inútil encarecer tal ceremonia, pues en aquel grupo aparecían juntos los rayos de las ideas con los rayos del cielo. El uno representaba la sociedad libre, fundada sobre un enlace de la Razón pura, con el revelado Evangelio. La transformación de una sociedad reaccionaria, en sociedad progresiva representaba el otro, que había esgrimido contra el altar y el trono, las carcajadas de su inmortal ironía. Ingresaba en una logia que había fundado Helvecio, y salió á recibirle llevándole de la mano un revelador como Lalande. Todo esto, después del rayo pontificio y del decreto real, significa la revolución en las ideas mucho antes de la realización en los hechos. Helvecio significaba la nueva filosofía social y Lalande significaba la nueva ciencia humana. Franklin era el Nuevo Mundo republicano, transformado con su soplo al viejo mundo monárquico. En aquellas logias había recibido Lafayette el espaldarazo que le constituía caballero de la libertad. En aquellas logias se habían los enciclopedistas congregado para escalar el cielo. De allí había salido una idea tan gigantesca como la idea de coronar á Voltaire, coronación que significaba el destronamiento de los Reyes. Habíase verificado tal ceremonia en un teatro, y había querido la Reina de Francia ir, quien hubiese puesto se propósito por obra, si el marido más previsor, no le impide á la cuitada semejante desacato á sí misma. Pero en cambio, el más reaccionario de todos los príncipes, el más arrimado á las viejas instituciones, el más tenido por cruzado y caballero del antiguo

régimen, incapaz de dominar su curiosidad, asistió á la glorificación del escritor, es decir, al anticipado destronamiento de su dinastía. No quedaba medio de resistir á la revolución. Había, ó necesidad de combatirla con grandiosos esfuerzos, á fuego y sangre; ó necesidad de amansarla con prudencia y meditados concesiones. Cuando Luis XV prohibió la Masonería, cuando la excomulgó Clemente XIV, precisaba dar validez á estas órdenes reales y á estas bulas pontificias, con resoluciones extremas. Felipe II, al ver que la razón de Estado le aconsejaba inmolar á su hijo, no esperó como Abraham el Ángel encargado de impedir la inmólación; lo encausó, lo encarceló y lo mató sin piedad. Si los príncipes de la sangre ingresaban en las logias, sobre los príncipes de la sangre había que descargar el golpe de la majestad herida. Mas necesitábase para esto una grande voluntad, que ni Luis XV ni Luis XVI tuvieron jamás. Ya que no tuvieran esta resolución de resistir y esperar en el combate, antes que declararse vencidos, debieran tener la resolución de ceder y adelantarse al espíritu del siglo, entregando su trono al curso de las ideas nuevas. Mas tampoco tuvieron la inteligencia indispensable á un propósito tan feliz y á una empresa tan meritoria. Desde la hora misma, en que se desavino de Turgot, que representaba la evolución, entregóse atado de pies y manos á la revolución. Una medicina interior aplicada con ciencia y con tiempo, lo hubiese curado todo, merced á su virtud, pues nada tan fácil como dirigir el progreso, y dirigiéndolo, moderarlo, á fin de que su marcha regular no degenera nunca en peligrosos estremecimientos. ¡Cuánto se parece al Universo la sociedad! En aquel inmenso y complicado mecanismo, si hay que aniquilar una especie animada, una organización viviente, comienza el medio que lo circuye y anima por alterarse, modificándose con profunda modificación. ¿Quién podría creer que la palmera extendió sus ramas en otros días por las campañas de Noruega y que ha el rengífero polar erradó por las orillas del Guadalquivir heladas? Los terrenos boreales han tenido su período carbonífero y los terrenos más cálidos sus períodos glaciarios. Para las órdenes misteriosas, para las sociedades secretas, para las cábalas y los horóscopos, para las iniciaciones ¡ah! no existe período tan propicio como el período revolucionario en que el grande calor vital todo lo anima y todo lo transforma. El pensamiento se aviva. El sistema nervioso de las sociedades humanas se remonta. Baja del cielo una especie de vivificador espiritual éther que todo lo ilumina. Los libros del filósofo pasan á manos del pueblo. Cada pensamiento progresivo encuentra su adecuado Verbo; cada verbo su correspondiente orador. Junto al tribuno el héroe aparece, junto á los ideales luminosos las grandes ideas vivas. Parece imposible, dadas las vocaciones de mártires que se despiertan, subsista un elemento tan indispensable á la perpetuidad del mundo y de sus especies como el instinto de la propia conservación. Cada club es un cenáculo de apóstoles enardecidos por el ideal. Brotan héroes las piedras frías. El martirio acompaña frecuentemente al heroísmo. En un minuto se improvisa una legión que canta como un coro y pelea como los soldados de Leonidas

en las Termópilas. Las generaciones de pensamientos que produce al cabo un hecho revolucionario se pierde allá en los albores del alma humana y de la conciencia en alma. Filósofos griegos, juriconsultos romanos, primeras Iglesias cristianas, concilios ecuménicos, Obispos constituidos en defensores de los pueblos ante las irrupciones bárbaras, individualismo germano, teocracia del tiempo de Gregorio VII, surrección de los municipios, Orden de franciscanos, cánticos de los trovadores, luchas de los reyes con el principio feudal y el principio teocrático, Cisma de Occidente y asambleas eclesiásticas, ciudades mercantiles, constitución de los Estados modernos, movimientos religiosos que se dilatan desde San Antonio de Padua hasta Jerónimo de Savonarola, husitas, protestantes en general, en particular calvinistas, puritanos, kuákeros, cartesios enciclopedistas; he ahí cuantas raíces y ramas han sido necesarias para producir el fruto de la revolución.



## CAPÍTULO DUODÉCIMO

Comienzos de perdición.



UANTO más estudiamos la revolución francesa, menos podemos apartarnos de nuestra convicción, de que fué como un Océano, en cuyas profundidades á una desaguaron todas las ideas componentes del espíritu moderno. Hemos visto con cuál intensidad las supersticiones masónicas cooperaron á nutirla y robustecerla. Hemos visto de qué suerte los filósofos la impidieron y le prestaron al rayo luminoso de sus ideas un calor vital imponderable. No cabe dudar que todos los hechos capitales del siglo pasado y todos sus descubrimientos y todos sus sistemas con lógica patente se combinan y enlazan para formar esta grandiosa revolución. Imprenta, Renacimiento venido del muerto Imperio griego, encuentro del mundo americano; resurrección de las artes, revoluciones religiosas, filosofía del siglo décimo séptimo con Descartes y Leibnitz, invención del fluido eléctrico y de su virtud con Galvani, pila de Volta, contrato social de Rousseau, ironía de Voltaire, concepciones de los fisiócratas, ideas económicas llevadas al sentido común por Franklin, el Jansenismo semi-calvinista contra el libre albedrío y semi-galicano contra los jesuitas, contribuyeron á esta obra capitalísima, de la cual surgió, como de los senos del Cristianismo, un espíritu nuevo, y con el espíritu nuevo, también otra nueva sociedad. Pues no contribuyeron menos que los anteriormente mencionados, no contribuyeron menos aquellos residuos de calvinistas y de luteranos que habían quedado en Francia fomentando la revolución y sosteniendo á los revolucionarios, no con el espíritu filosófico escanciado en la razón pura como lo hacían los